

de San Pedro y San Pablo, abierto antes al culto de la Virgen, se hallan instaladas, como se ha dicho, las máquinas de la misma escuela, así como en el dórico templo de Loreto, en otro tiempo clausurado, elévanse hoy al Ser

Supremo las plegarias de los fieles, sin que nadie abrigue ya temores de derrumbe del edificio, ni recuerde la patraña de la Sierpe, que tanto conmovió al ignorante y crédulo pueblo bajo de la Capital.



## II

### INVASION AMERICANA.

A mi estimado amigo el Sr. Lic. D. Fernando Duret.

**E**RA yo un adolescente cuando oí referir, cierta mañana, los tristes episodios de las primeras campañas libradas por nuestro ejército contra el invasor norteamericano. Sentí oprimido el corazón y mis ojos se humedecieron. ¡Lágrimas puras vertidas por el amor de la patria!

No te hablaré, lector amigo, de todos los lances de esa injusta guerra, por hallarse escritos en buenos libros, y solamente trataré de aquellos que presencié y dejaron hondas impresiones en mi ánimo, que para desvanecerlas siquiera no bastaron los hechos de la célebre batalla de la Angostura, y más bien diéronle mayor fuerza otros acontecimientos como la toma de la heroica Veracruz y el desastre de Cerro Gordo.

Hallábame con mi familia en Tacubaya, alojado en una casa contigua al puente conocido con el nombre de Cartagena, y desde el elevado techo de aquella casa podía abarcar la vista todo el valle y percibir el oído los ecos procedentes de comarcas distantes. Sobre di-

cha techumbre me hallaba, impaciente y acongojado, la tarde del 19 de Agosto de 1847, atento el oído y fijas mis miradas en los retirados y pedregosos terrenos que se encuentran al pie de la serranía de Ajusco. A veces distinguía vagamente la incierta luz de los fogonazos de las piezas de artillería y á veces escuchaba las detonaciones débilmente conducidas por las ráfagas del viento.

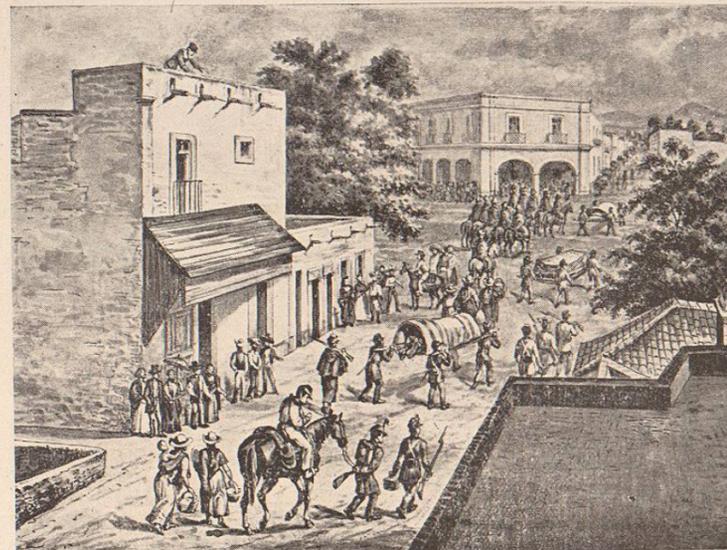
En vano mi anciosa solicitud interrogaba á esa luz y á esos sonidos para que me dijese las peripecias de la tremenda lucha emprendida en las lomas de Padierna y, al fin, lleno de zozobra y con un vago presentimiento que aumentaba mi aflicción, ya entrada la noche, me retiré al aposento de mi madre á la que encontré cerca de mi hermana, ambas arrodilladas y orando ante la hermosa imagen de Jesús crucificado. Al verlas en tal actitud, presto me arrojé á su lado, é hincando ambas rodillas en tierra, púsemme también en oración para pedir á Dios el triunfo de nuestra justa causa.

Llegó la mañana del día 20 y con ella el

triste desengaño de nuestra derrota, en la madrugada de tal día, confirmada por los dispersos y heridos que no cesaban de pasar por aquel puente de que te he hablado, querido

particularmente en compañía, los más eminentes servicios.

Alternativamente dirigía mis miradas á los dispersos que pasaban por el puente, con sus



PUENTE DE CARTAGENA EN TACUBAYA.—DISPERSOS DE LA BATALLA DE PADIERNA.

lector. Inútilmente busco las palabras, que no encuentro, capaces de dar una idea exacta de las amarguras de mi corazón, á la vista de tantos infelices sacrificados por la ambición, rivalidad, desaciertos é insubordinación, elementos terribles de otra campaña personal, sostenida por los que dirigían los asuntos de la guerra. ¡Cómo no había de causarme honda pena la presencia de aquellos heroicos soldados que llegaban del campo de batalla, con sus vestidos en desorden, chorrendo sangre medio contenida por los vendajes, ó pegadas á sus carnes las ligaduras por la misma sangre coagulada; unos con la cabeza envuelta en trapos que de blancos habíanse tornado en rojos, y otros con el brazo en cabestrillo; quién se veía pasar con la mano puesta en la deshecha quijada y quién transportado en *tapertle* ó en camilla! A los débiles quejidos de los valientes heridos respondían los sollozos de las soldaderas que los seguían, de esas mujeres que si bien constituían la ínfima clase social por sus malas costumbres, prestaban al ejército, par-

gloriosas heridas, y á los campos, de los que no se levantaba, á causa de estar humedecidos, ni la más ligera nube de polvo que me indicase el movimiento de las fuerzas de Santa-Anna, en su retirada por el camino de Coyoacan y el de los cuerpos de Guardia Nacional que abandonaban sus posiciones fortificadas de San Antonio y Xotepingo para dirigirse á la Capital por la Calzada de San Antonio Abad, conforme á las órdenes del General en jefe. (\*)

(\*) Según el Sr. Roa Bárcena, "Recuerdos de la Invasión Norteamericana," esta fuerza constaba de la séptima Brigada al mando del General Gómez Palomino, compuesta de cazadores de Allende, Ligero de Aldama y compañía de cazadores de Galeana, Jiménez, Morelos y Berduzo. Cuerpos de Guardia Nacional á las órdenes de los coroneles Don Anastasio Zerezero y Don José Guadalupe Perdigón Garay. En todo 2,000 hombres, Cuerpo de Guardia Nacional Hidalgo, de 700 hombres, al mando del Teniente Coronel Don Félix Galindo y compuesto de empleados, artesanos acomodados, una Compañía de estudiantes de Derecho de la que eran capitanes personas distinguidas como los Licenciados Alarín, Sabino Flores y Sánchez Solís, y otra Compañía

Ante el desastre sufrido por la más florida división del ejército, de esa gran desgracia de la que alcancé ver la triste escena referida, y al anuncio de las nuevas operaciones militares que, sin pérdida de tiempo, emprendían las fuerzas americanas, mi ánimo decayó de tal modo, que mi atenta observación era la de un insensato, como que no la alentaba ya la sublime esperanza de la víspera. Las detonaciones repetidas de la artillería y fusilería que muy distintamente escuchaba, cuando el sol marcaba la mitad de su carrera, y seguía escuchando después sin interrupción por la parte oriental de donde me hallaba, diéronme á conocer el ataque violento emprendido por los invasores contra el convento de Churubusco y el puente del mismo nombre. El poder yanqui luchaba con el ardor que podía infundirle su soberbia y su ambición, y el mexicano, con el inspirado amor de la familia, por el amor del suelo, por el amor de la patria. Si las acometidas de los americanos eran impetuosas y obstinadas, violenta y porfiada era la resistencia de los guardias nacionales mexicanos. Como retrocede un cuerpo elástico al chocar con otro resistente, así veíanse rechazadas las legiones yanquis, cada vez que intentaban un asalto, mas como el tiempo avanzaba prolongándose la lucha, llegaronse á agotar las escasas municiones con que sin previsión alguna fué dotado el convento convertido en fortaleza. No desmayó por contratiempo tan fatal el ardor de los defensores, quienes salvaron las

á las órdenes del Doctor Don Miguel Jiménez, teniendo por oficiales á los no menos distinguidos hombres de ciencia Don Leopoldo Rfo de la Loza, Don Francisco Vértiz y Don Francisco Ortega. Además, eran oficiales de este Cuerpo los señores Don Mariano Campos, Don José María González de la Vega, Don Agustín y Don Manuel Tornel, Don José Francisco Rus, Don Sabás García, Don Luis Aguilar y Medina, Don Manuel Esnaurrizar, Don José María Picazo, Don Andrés Davis Bradburn, Don Mariano Zárate, Don Guillermo Rode y Don Francisco Jiménez. Cuerpo de Guardia Nacional Victoria de 500 plazas, compuesto de propietarios y comerciantes, al mando del Teniente Coronel Don Pedro Jorrín. Entre los Jefes y oficiales de este Cuerpo, se contaban: Don José María Carballeda, Don Luis y Don José Veraza, Don Pedro de Garay, Don Mariano Furlone, Don Francisco Urquidi, Don Manuel Izita y Don Francisco Sáyago. Los que componían los dos Cuerpos Hidalgo y Victoria, hacían la campaña á sus expensas.

trincheras, se formaron en columna y arremetieron á sus enemigos á bayoneta calada, costando á la nación, tales rasgos de valor, preciosas vidas como las de los intrépidos Don



POLKO. - GUARDIA NACIONAL.  
BATALLON HIDALGO.

Francisco Peñúnuri y el joven abogado Don Luis Martínez de Castro. En vano el denodado General Rincón pedía con insistencia refuerzos de gente y municiones pues el auxilio que se le dió, en fuerza de su insistencia, fué poco eficaz á causa del corto número de los valientes irlandeses que formaban la Compañía de San Patricio, é inconducente, porque las nuevas municiones eran de distinto calibre. Ya puedes figurarte, lector mío, la violenta excitación que produjera en ánimos tan esforzados, ese accidente proveniente de una imprevisión imperdonable; lo que sentirían los corazones de aquellos valientes al pretender ansiosamente introducir en sus fusiles balas de mayor calibre, y al tratar, con anhelo, de reducir á pedazos los mismos proyectiles ó de buscar por el suelo piedrecillas con que poder substituir á aquéllos. El Ejército yanqui contaba con armas mejores y de igual calibre, las que comparaban á la vez una bala y tres postas, que hacían el efecto de metralla. Tiempo de sobra hubo para proveer al Ejército mexicano de semejantes proyectiles, advertidos desde las primeras campañas.

La desordenada retirada de Santa-Anna con sus fuerzas, en tan críticos momentos, las

pérdidas sufridas por los defensores de Churubusco, abandonados á sus propios esfuerzos, y la libertad de acción en que aquella retirada dejó al Ejército norteamericano, todo esto

contra guerrilla de desnaturalizados mexicanos que formaban la vanguardia del ejército invasor, como guías y denunciantes.

Con cinismo sin igual pasaron por el so-



LA BATALLA DE CHURUBUSCO.

hubo de producir los fatales resultados que deploramos.

A las tres y media de la tarde todo había concluido en Churubusco, la guarnición había-se entregado á merced del enemigo, y éste, en verdad sea dicho, en vez de humillar al vencido, lo enalteció por su heroico comportamiento. Halláronse entre los prisioneros los bizarros Generales Rincón y Anaya y el eminente poeta dramático Goroztiza.

Las últimas escenas de tan aciago día fueron los ataques infructuosos contra la garita de San Antonio Abad, por los mismos perseguidores de las fuerzas de Santa-Anna, en su retirada para replegarse en la Capital.

\* \* \*

El 21 entró en Tacubaya la División Wort, y á pesar de mi propósito de no presenciar aquella entrada, pudo más en mí la natural inclinación que siempre me disponía á observar lo todo.

Solamente comparable con mi dolor fué la indignación que me causó la presencia de la

bre dicho puente haciendo gala de sus cabalgaduras, de sus vestidos de charros mexicanos y de sus sombreros *jaranos* que ostentaban escrito sobre listón rojo el padrón de su ignominia, y como para realzar más su delito de infidencia, tomaron las actitudes que los caracterizaban en toda ocasión semejante, espoleando á sus caballos y levantándoles las riendas para obligarlos á saltar con violencia y á hacer cacaroleos, á la vez que, con la mano libre, se alzaban la falda delantera del sombrero y daban un grito como es costumbre entre los facinerosos.

Si los contra guerrilleros se procuraron por sí mismos una mancha infamante, ésta no puede alcanzar á la nación. El cuerpo que de ellos se formó bajo el amparo de los invasores, se contra ponía en todo y por todo á los que se constituyeron al abrigo del pabellón nacional. Aquéllos eran criminales salidos de las cárceles, sus favoritas habitaciones, y ya repudiados por la sociedad, y éstos eran los hombres de trabajo y patriotismo que dan vida á la nación, quienes sin diferencia de clases formaban el Ejército y la guardia nacional, en la que figuraban artesanos, comerciantes, indus-

triales, agricultores, estudiantes, hombres de ciencia y de letras, ricos y pobres, jóvenes y ancianos y, en fin, todos aquellos que con sus hechos honraban su nombre de mexicanos. Así es que, en la hipótesis de que los contraguerrilleros hubieran arrojado una mancha en nuestro pabellón nacional, ésta hubiera producido en nuestro honor el mismo efecto que pudiera producir una gota de tinta vertida en medio del Océano.

Con la despreciativa voz de los *poblanos* eran concidos los desnaturalizados guerrilleros, atrayendo sobre la invicta Puebla una execración injustificable, tanto porque el entonces Departamento de ese nombre contribuyó con su sangre y elementos á la defensa nacional, como porque los tales guerrilleros no eran solamente de Puebla, sino también de otros Departamentos de la República. Desgracia fué para aquella hermosa capital la formación en su recinto de ese cuepo traidor, bajo los auspicios de los jefes americanos.

Prueba patente del patriótico comportamiento de los hijos del rico Departamento de Puebla fueron las numerosas guerrillas que de ellos se formaron, que competían en arrojo y ardimiento con las de Veracruz, México y otros Departamentos, y aprovecho la oportunidad que se me presenta para referir interesantes episodios.

Una de las guerrillas poblanas más temibles era la que al mando del patriota Eulalio Villaseñor burlaba sin cesar la vigilancia de los invasores, que cuando no los combatía, birlábales cuantos efectos, municiones y caballería podía. Empeñóse una vez, en las goteras de Puebla, una lucha tremenda entre la guerrilla y una fuerza americana que con vigoroso empuje la atacó. El hijo de Villaseñor cayó mortalmente herido al certero tiro de un americano que montaba un caballo de gran alzada, pero simultáneamente se desprendió de la guerrilla el padre de la víctima y con ímpetu violento y lanza en ristre atravesó el campo enemigo y se dió á perseguir al matador de su hijo. Al observar el americano actitud tan resuelta, emprendió la huida á todo correr de su caballo, pero si veloz era la fuga, más violenta era la persecución, de manera que antes de alcanzar aquél la garita de la ciudad fué derribado por su perseguidor, sin poder ser so-

corrido por sus compañeros, quienes sólo tuvieron tiempo para observar asombrados la violencia del acto.

Las guerrillas del Departamento de Puebla que se hallaban á las órdenes del valiente General Rea, hostigaban sin cesar al enemigo y veces hubo que, penetrando aquéllas en el recinto de la ciudad, lo combatiesen, regando las calles de cadáveres, á despecho de los americanos que hacían sobre ellos un vivo fuego desde el fuerte de Loreto.

Otro episodio que produjo en los habitantes de la ciudad un terrorífico espectáculo fué el siguiente. Cierta mañana, causando horrible sensación, se vió recorrer las calles á un americano, á todo correr de su caballo, dando desaforados gritos, á causa de los dolores que le producían en sus laceradas carnes los violentos sacudimientos de una lanza que llevaba clavada en el cuerpo, siendo las sacudidas del arma, tanto más violentas cuanto mayor era el ímpetu del caballo en su rápida carrera.

\* \* \*

El armisticio concertado entre los beligerantes franqueó las puertas de la Capital á mi familia, con la que volví á mi hogar. La ciudad, aunque animada por el gentío que en ella circulaba y los corrillos que por todas partes se veían, discutiendo con calor, sobre los acontecimientos del día, me pareció en extremo triste, á causa de la predisposición de mi ánimo y del mal aspecto que ofrecían las calles, con sus pavimentos de tierra floja, de las que habían sido arrancadas las piedras y transportadas á las azoteas de las casas, á fin de que sirviesen de proyectiles en tiempo oportuno. Un misterioso pavor infundía á la vez el aparato colocado en el astabandera de nuestra Catedral, el cual estaba formado de unas esferas negras de diversos diámetros que colgaban de un madero horizontal sujeto al mismo palo de la bandera. Ese aparato era un telégrafo de señales previamente convenidas para denunciar los movimientos del enemigo en los alrededores de la Capital.

Aceptado por el General Santa-Anna el sobredicho armisticio propuesto por el General Scott, el 21 de Agosto, nombróse una comisión

compuesta de los señores General Herrera y Licenciados Couto y Atristáin, para que tratase sobre las proposiciones de paz que iba á



TELÉGRAFO DE SEÑALES EN LA CATEDRAL.

presentar el Comisionado americano Mr. Trist, pero éstas fueron de tal naturaleza y tan exageradas, que no pudieron ser admitidas por la Comisión mexicana, la que, previas nuevas



EL PUEBLO APEDEA LOS CARROS.

instrucciones del Gobierno, presentó un contraproyecto, juntamente con una importante y bien razonada Nota.

El 6 de Septiembre declaró el General Scott roto el armisticio, dando por pretexto la violación de él por Santa-Anna al ordenar

la ejecución de nuevas obras de defensa; mas como tal aseveración no era exacta, aparece que los motivos principales que tuvo Scott para esa declaración fueron: 1º, el desagrado que le causó la no aceptación de las proposiciones de Trist y la presentación del contraproyecto mexicano; 2º, un acontecimiento desgraciado proveniente del acto indiscreto del General Scott al solicitar, como una cláusula del armisticio, la autorización para que los americanos se proveyesen por sí mismos de víveres en la plaza de la Capital, y el no menos imprudente de Santa-Anna al concederla, sin tener presente ambos Generales la disposición en que naturalmente se encuentra todo pueblo para aprovechar las ocasiones que se les presenten y descargar su ira contra el enemigo, mas creyeron, sin duda, que el de México, como una excepción del carácter de todos los pueblos en circunstancias análogas, miraría con buenos ojos que su enemigo acudiese á la misma Capital á proveerse de cuanto le hacía falta, así es que sucedió lo que era inevitable. A la vista de más de cien grandes carros de transporte, que habían penetrado hasta la plaza, el pueblo se amotinó y armado de guijarros tomó una actitud resuelta, y esto era llover piedras sobre carros, mulas y carreteros, y aun sobre los lanceros mexicanos que acudieron á contenerlos. Maltrechos animales y con-

ductores regresaron con los carros vacíos al campo enemigo, aquellos bien sacudidos y éstos con no pocos desperfectos.

El movimiento incesante de tropas y de trenes producían, particularmente en las noches, un ruido siniestro, como el precursor de